



SAN AGUSTÍN, MI AMIGO

Agustín fue un gran obispo de África que conocemos hoy por sus numerosos y sabios libros. Sin embargo, las páginas más hermosas que escribió fueron la historia de su propia vida.

Al leer este libro y descubrirás cómo un niño al que le gustaba jugar, leer y tener muchos amigos, se convirtió en un santo que hoy quiere ser tu amigo.



Monte Carmelo

Calle Padre Silverio, 2
34947-25 60 61 • Fax 34-947-25 60 62
BURGOS • (España)
editorial@montecarmelo.com
www.montecarmelo.com

ISBN 84-7239-749-1

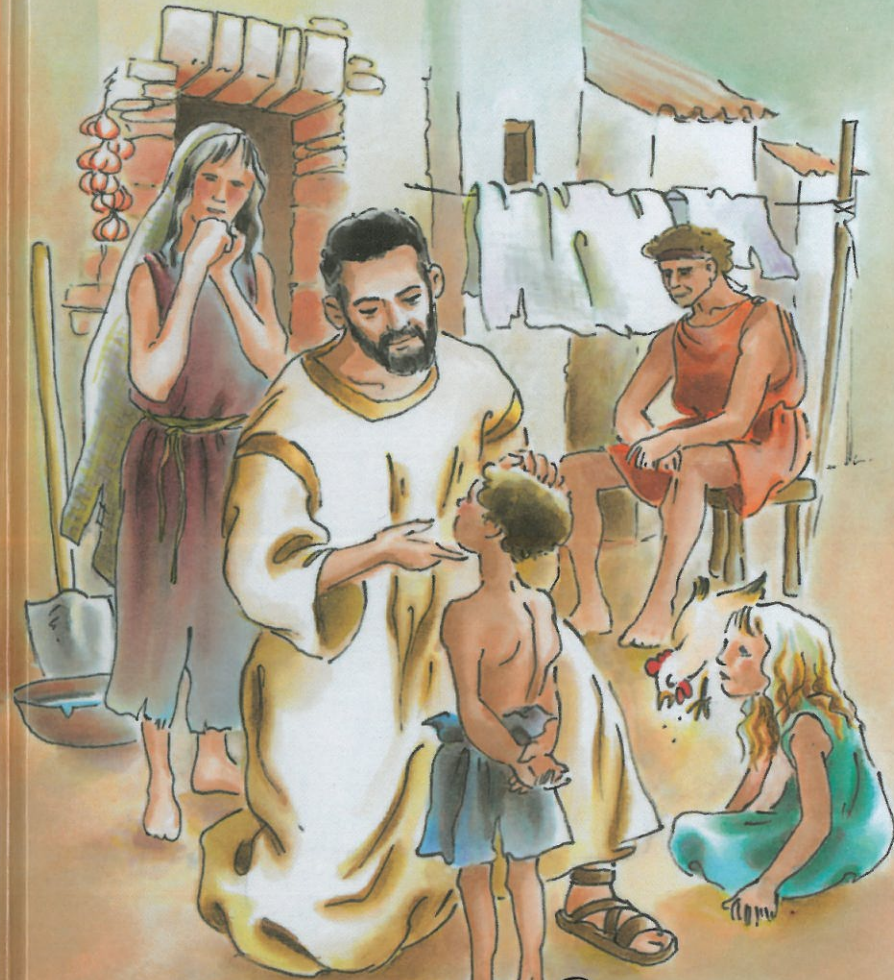


Por los Caminos del Evangelio

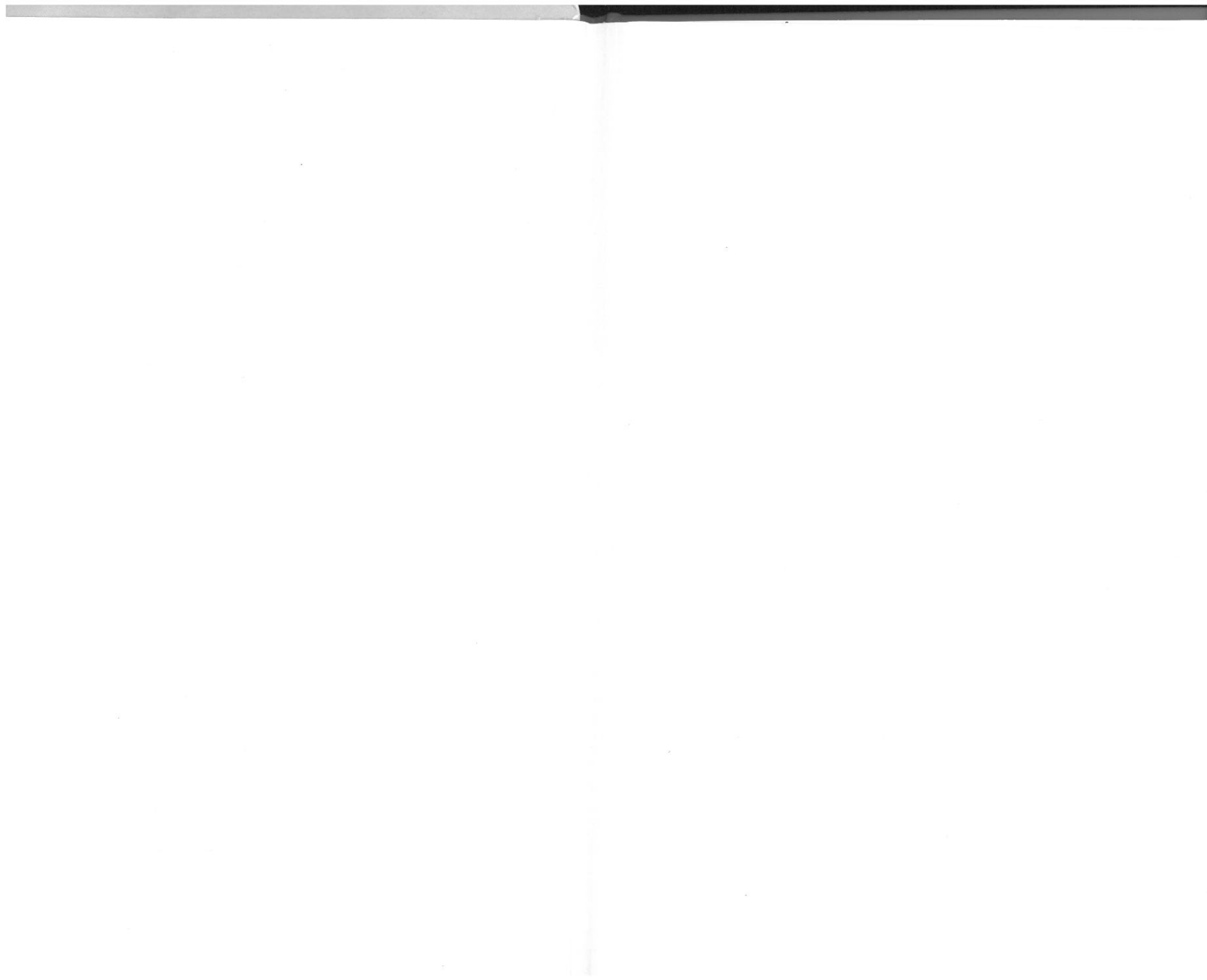


San Agustín

mi amigo



Por los Caminos del Evangelio



San Agustín
mi amigo

Texto: Santiago Insunza, O.S.A.

Ilustraciones: Dominique Bach

Editor:
Éditions du Signe
1, rue Alfred Kastler
B.P. 94 - 67038 Strasbourg Cedex 2 - Francia
Tel.: **0033 (0)3 88 78 91 91**
Fax: 0033 (0)3 88 78 91 99
Email: jose@editionsdusigne.fr
www.editionsdusigne.fr

Texto:
Santiago Insunza, O.S.A.

Ilustraciones:
Dominique Bach

Diagramación:
Éditions du Signe

Coordinación editorial:
José Córdova

© Éditions du Signe - 2003
ISBN: 2-7468-1112-X
Todos los derechos reservados

Impreso en la U.E. por Arti Grafiche, Pomezia

Querido Amigo

Me confieso hombre delante de ti
porque así me hizo Dios y no puede ser
otra mi tarjeta de presentación.
A pesar de ser frágil, de arcilla leve,
quiso Él grabar su imagen en lo profundo de mi alma.

*Lo más importante de mi historia
no es lo que yo hice, sino lo que Dios hizo en mí
labrando la tierra endurecida de mi vida.
También los artistas hacen obras de arte
con el barro más humilde.*

*Dios entró en mi vida,
inundó de sol todos sus rincones
y sentí el alma crecida como una luna llena.
Colecioné sueños y busqué aplausos,
hasta que la luz de Dios entró en mi alma confusa.*

*Dios y yo hablamos, a corazón abierto,
en mi huerto interior.
Mis días, cubiertos de cenizas,
recibieron el agua limpia del bautismo
una bendita noche de Pascua.*

*Amé, amé mucho y sin descanso.
Siempre encontré gente
por los pasillos de mi corazón,
pero Dios me amó de forma más exagerada.*

*Soy hombre de origen, sembrador de esperanza,
obligado a gritar que no hay noche eterna,
que llevamos la luz bajo la piel
y levantamos la ciudad de Dios
con el sudor gris de cada día.*

Agustín, tu AMIGO

El profesor, hablaba y hablaba sobre San Agustín. Llenó la pizarra de fechas, dibujó el mapa de África, escribió algunas palabras extrañas, colocó sobre la mesa algunos libros.

– ¿Qué obra es la más importante de san Agustín? – preguntó un alumno que contemplaba, con ojos de asombro, aquellos libros de tantas páginas.

– La obra más importante, el libro que hay que conocer mucho más que la torre de volúmenes que escribió san Agustín, es su vida.

Aquella frase – el libro que hay que conocer mucho más que todos sus escritos es su vida – provocó un torrente de preguntas.

– Agustín escribió la historia de su vida durante setenta y seis años. Del 354 al 430. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?



Agustín nació el 13 de Noviembre del año 354 en Tagaste, al Norte de África.

De piel entre gris y color de espiga madura como corresponde a un bereber. En la foto de familia de Agustín están sus padres, Patricio y Mónica, y dos hermanos, Perpetua y Navigio. Patricio y Mónica formaban un matrimonio unido que se quería por encima de sus diferencias. Mónica era una mujer enérgica, de espíritu dulce. Nunca escondió su fe, su amor y sus lágrimas. Una madre cristiana que se propuso ser la catequista de su marido y de sus hijos. Patricio, su esposo, era más áspero y calculador, de carácter fuerte y religiosamente más frío. Los dos muy interesados en la educación de Agustín.

Para hablar del África de los siglos IV y V habría que contar muchas cosas de los romanos.

La advertencia atrajo la atención de los más distraídos.

– Vamos a cerrar los ojos y a viajar, con la imaginación, hasta la siempre misteriosa África donde todo es singular: la geografía, las culturas, las lenguas, el color de la piel. El alma del pueblo siempre ha estado hambrienta de libertad e independencia porque todos han deseado y conquistado África.



No todo es desierto en África ni se encuentran camellos y camelleros en cualquier esquina. El Norte se asoma al mar Mediterráneo, y más al interior, los campos, regados por pozos y cisternas, son fértiles en trigo y en aceite.

En tiempos de Agustín, el imperio romano comenzó a derrumbarse. Concluía una historia de victorias guerreras, de grandiosos monumentos, de fiestas y espectáculos que unían el día con la noche. Caía derrotado un imperio casi sin límites y con él, templos y muros levantados a fuerza de siglos y de esclavos.

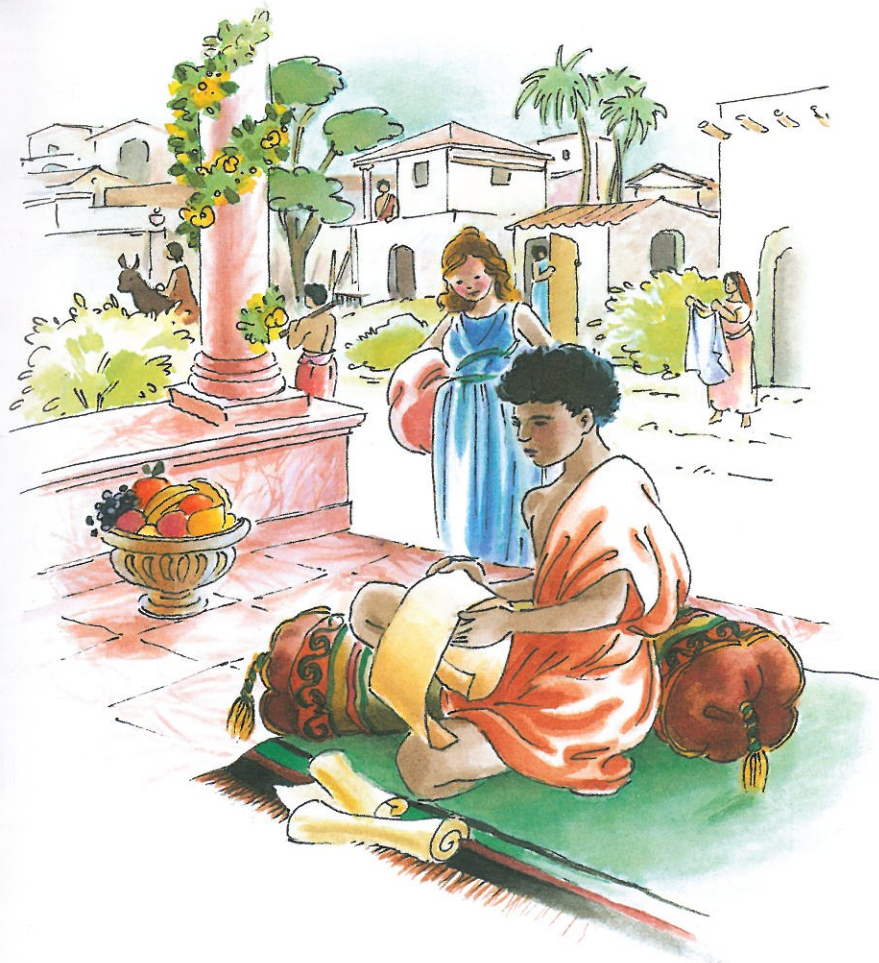


Tagaste era una pequeña ciudad, próxima a la frontera con Túnez, que pertenecía a la Provincia de Numidia. Hay que remontarse a mediados del siglo IV y situarnos en África. África es un continente noble y dolorido.

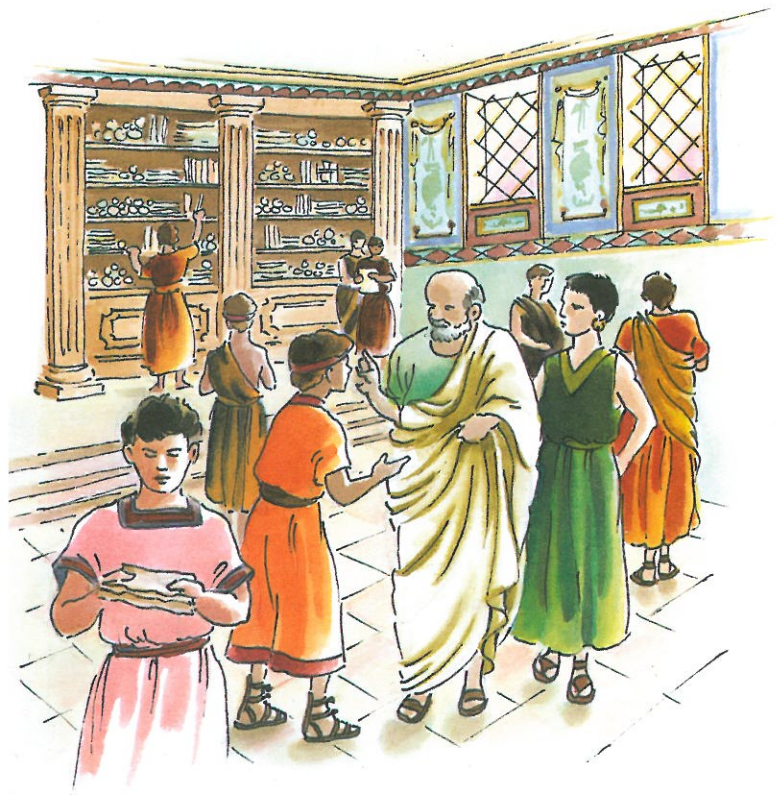


El sol salvaje y el desierto inmenso no lo son todo. Africa también es mar y suelo fértil de trigales y de bosques de olivos.

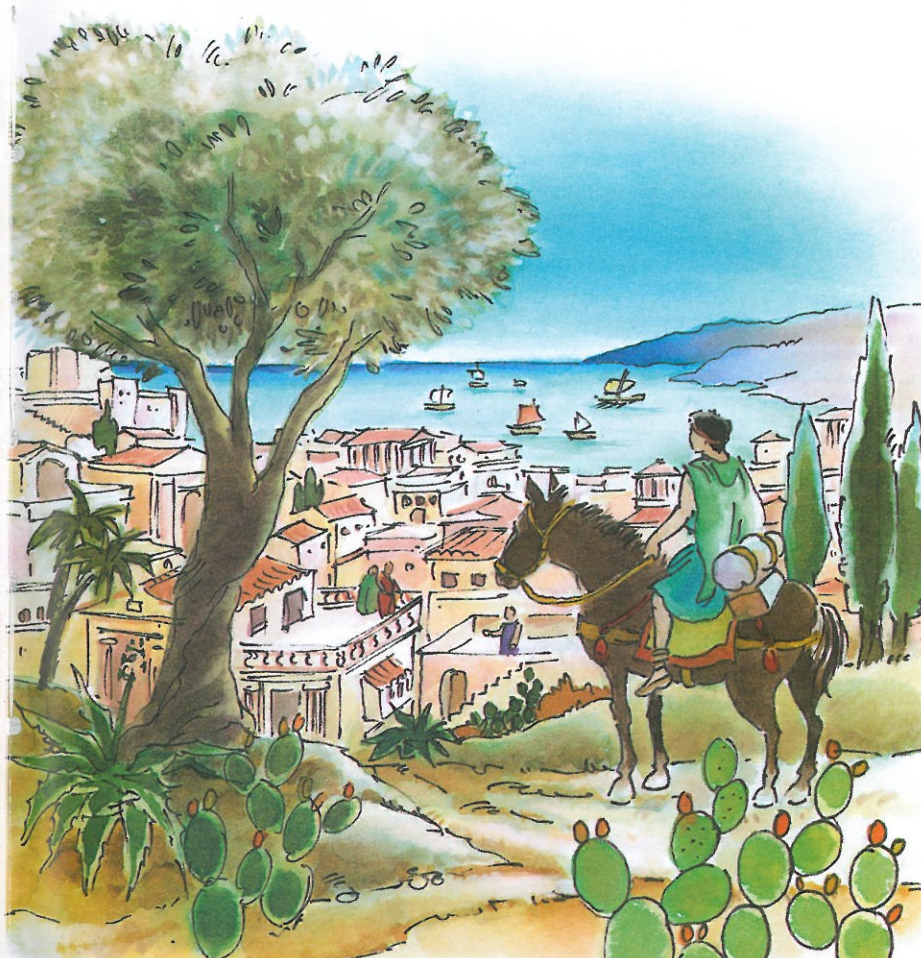
Agustín era un niño despierto, travieso, con las ventanas de la curiosidad abiertas a conocerlo todo. Como el resto de los niños de su tiempo, sacaba a los pájaros de sus nidos y, de vez en cuando, cogía fruta de los huertos próximos. La infancia de Agustín fue una infancia cualquiera, pero Agustín no era un niño cualquiera. Era inquieto por dentro y por fuera; unas décimas más curioso que sus compañeros, amigo de sus amigos y también amigo de los libros.



– Si le gustaban los libros, no era como nosotros... dijo uno de los alumnos.
– Sí, era amigo de los libros. Los consideraba como las grandes ventanas que le permitían conocer el mundo que no podía contemplar con sus ojos.
– Amigos de los libros no somos todos, profesor, pero amigos de los amigos sí.

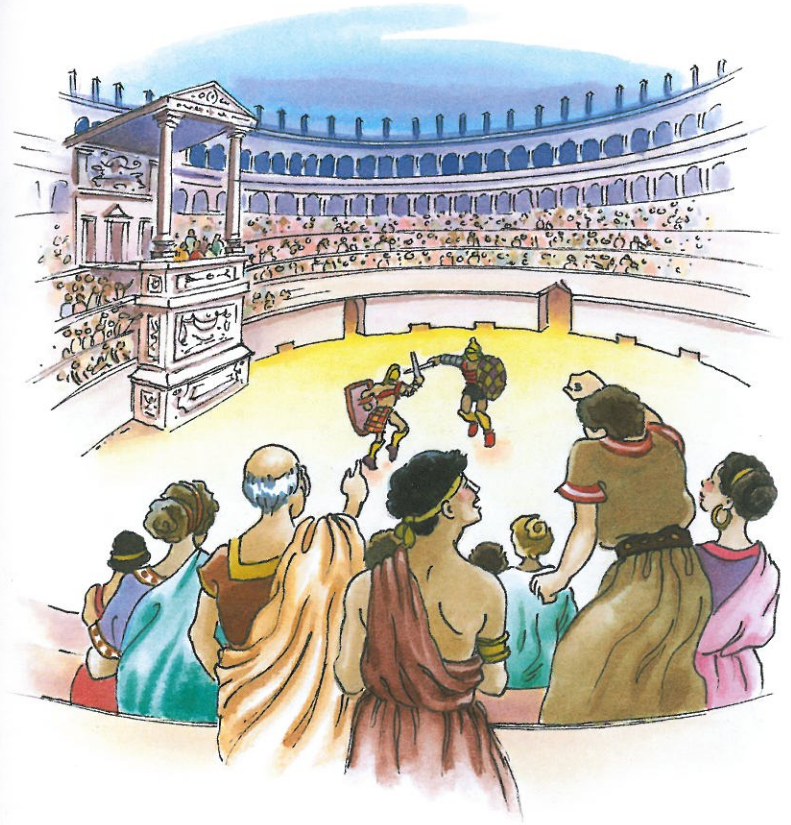


Cartago era la primera ciudad de África y la segunda de todo el gran imperio romano en competencia con Alejandría. Por su importancia, se la llamaba la segunda Roma.



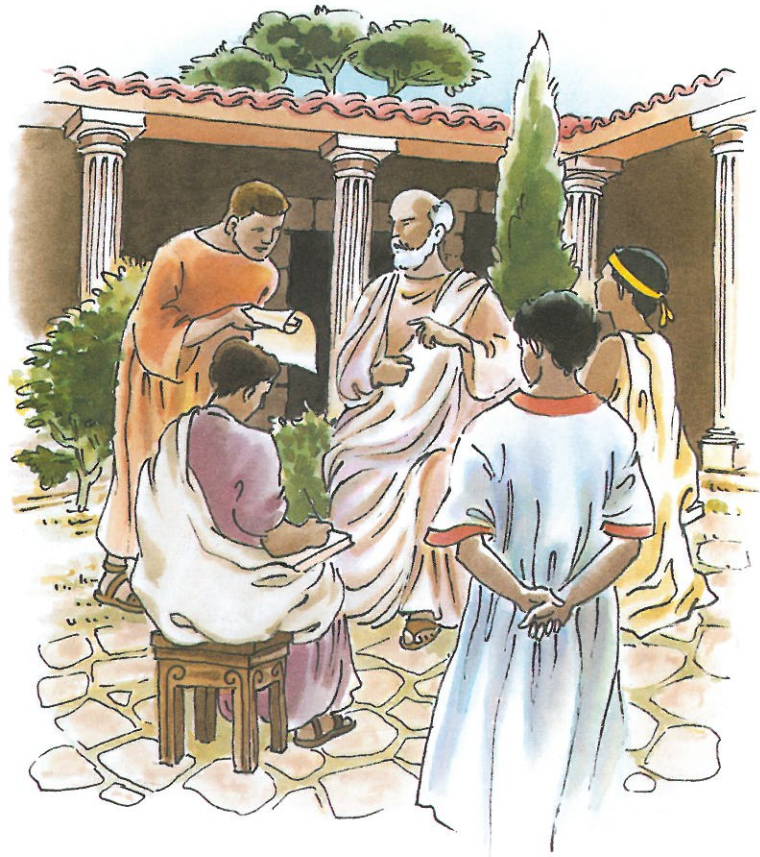
Agustín terminó los estudios que podía hacer en Tagaste, una villa que destacaba por la agricultura más que por sus escuelas, y se trasladó a Madaura. Ahí, disfrutó con la lectura de los poetas y le emocionaron los relatos de algunos autores clásicos. En el otoño del 370, a la edad de 17 años, viajó a Cartago para concluir su carrera de estudiante.

Cártago ofrecía todo lo que puede ofrecer una gran ciudad: Estudios universitarios, bibliotecas, teatros, diversiones, un puerto abierto a la navegación y al comercio, unas calles siempre llenas de gente y de vida. Cartago lo tenía todo.



En esta ciudad, se cruzaban comerciantes, marinos y estudiantes; era tan grande como la libertad del joven Agustín, lejos de sus padres. El circo, el teatro, los juegos de gladiadores, las carreras de caballos, y la posibilidad de conocerlo y probarlo todo, estaban al alcance de la mano.

Agustín tenía algo así como un hambre insaciable de vivir. La distancia que lo separaba de su familia, le impidió aprovechar los buenos consejos de su madre.



En Cartago, entre comerciantes, marinos y estudiantes, Agustín se movía como el turista que quiere coleccionar paisajes, el estudioso que busca maestros verdaderos y el joven que se divierte con otros de su edad cuando la economía personal lo permitía. Pronto comenzó a destacar por sus estudios, y como hijo del suelo africano, por su temperamento ardiente, impulsivo y tierno.



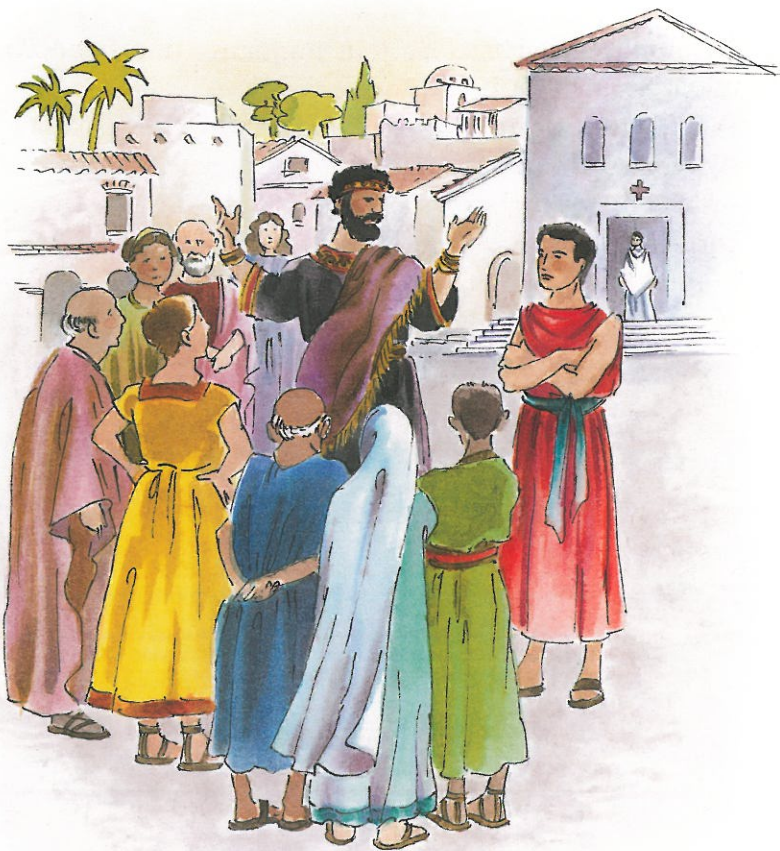
Mónica seguía de cerca el día a día de Agustín. Era una de esas madres sufridoras que viven preocupadas por la salud, los estudios y las dudas religiosas de sus hijos. Pero las preocupaciones de Mónica eran mayores porque su hijo vivía fuera de casa y porque Agustín era más seguro en las ideas que fuerte en el cuerpo. Además, la muerte de Patricio en este tiempo, dejó a Mónica sin esposo y sin padre al joven Agustín.



Agustín se enamoró de una mujer y vivió con ella durante unos catorce años, aproximadamente. Eran muy felices. Pero fueron más cuando nació su hijo Adeodato (*"Dado por Dios"*), porque la casa se llenó entonces, de risas y balbuceos infantiles. Como él mismo dice, *"amar y ser amado"* era su mayor gozo.



En la historia de los seres humanos hay que contar con la visita del amor. Primero nos sentimos amados porque coleccionamos las caricias y los besos de nuestros padres. Más tarde, se produce el descubrimiento del amor. El cuerpo y el alma piden amar.



Así, Agustín se encaminó hacia la búsqueda de las fuentes del amor. Comenzó a leer libros, a consultar la astrología y a escuchar a distintos maestros y adivinos. También abrió la Biblia pero pronto la abandonó. Probó el camino de las sectas maniqueas que pensaban que frente a Dios existía un dios del mal. Y aunque todo parecía indicar que Agustín andaba alejado de Dios, Dios estaba muy cerca de él.

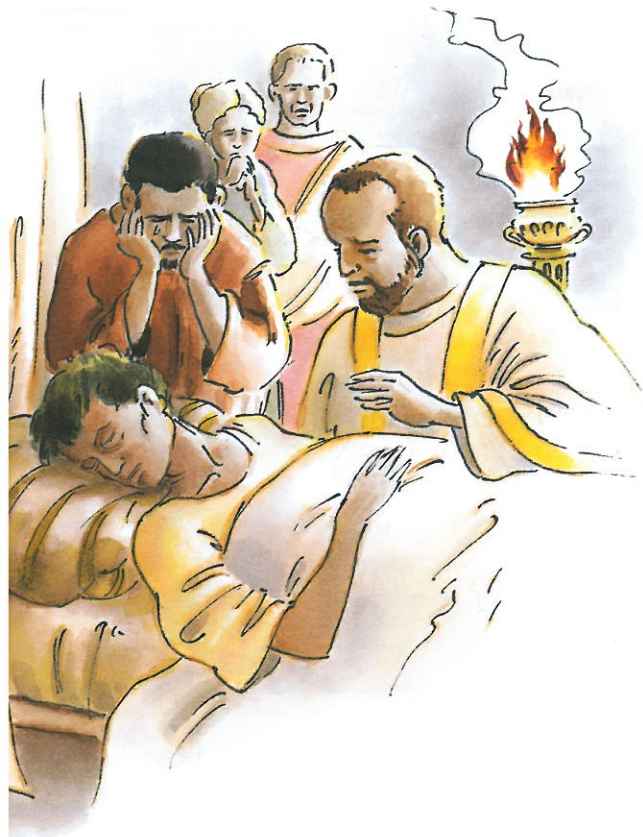
– Háblenos de los amigos de Agustín – interrumpió uno de los alumnos.

– Sí, entre las grandes experiencias humanas de Agustín está la amistad – dijo el profesor.

– En el libro *“Las Confesiones”* cuenta cómo vivió de cerca la muerte de un amigo tan entrañable que era la mitad de su alma:

“Conquisté un amigo que llegó a ser íntimo, porque compartía los mismos estudios, era de mi misma edad y los dos estábamos en la flor de la juventud. Juntos habíamos crecido desde niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado muchas veces. Una amistad cocinada al fuego de las mismas aficiones y estudios.”



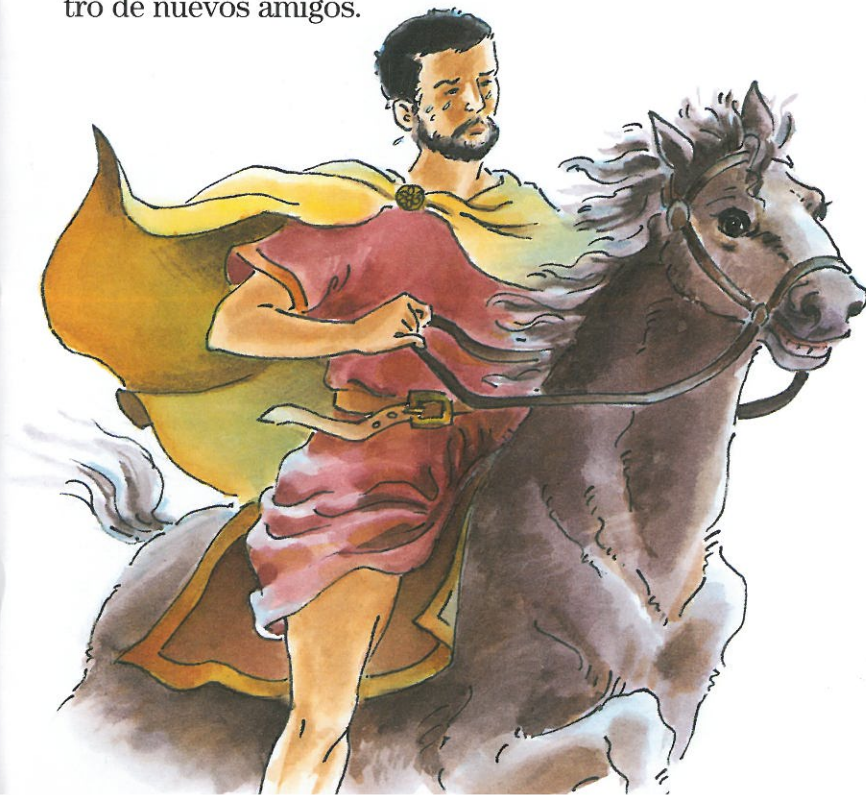


Pero sucedió un hecho inesperado. Aquel amigo tan querido enfermó gravemente y se le administró el bautismo. Más tarde, mejoró temporalmente su salud. Pocos días después, le repitió la fiebre y murió.

A pesar de tener el alma rota, Agustín no piensa aún convertirse a Dios.

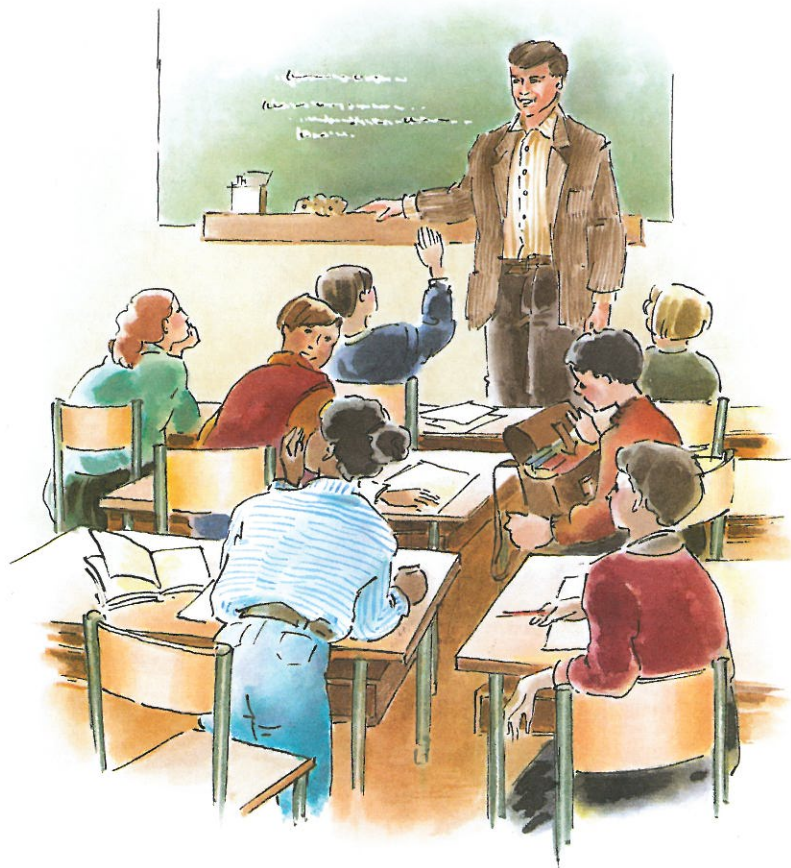
“¡Qué angustia ensombreció mi corazón! Todo lo que veía era muerte – escribe Agustín –. Todos los rincones de la ciudad me recordaban la imagen del amigo muerto. Iba de un lugar para otro empapado de tristeza. Sólo las lágrimas llenaban el vacío que se había producido en mi corazón. Me sentía desgraciado y sin alegría porque no tenía ninguna esperanza de que mi amigo volviera a la vida. El aburrimiento era una carga muy pesada y, al mismo tiempo, tenía miedo a la muerte. Odiaba y temía a la muerte porque me había robado al mejor amigo.”

Para borrar aquel recuerdo, se fue a Cartago al encuentro de nuevos amigos.



– Cartago, sin embargo – continuó el maestro –, comenzó a resultarle una ciudad incómoda. Para entonces, Agustín era ya un brillante profesor de Retórica pero tropieza – como los maestros de todos los tiempos – con la pereza y el desinterés de los alumnos.

– ¡Qué indirecta! – comentó un oyente en voz baja.
– Los alumnos entraban y salían de las aulas perturbando el desarrollo normal de las clases...



– ¿Estaba bautizado Agustín?

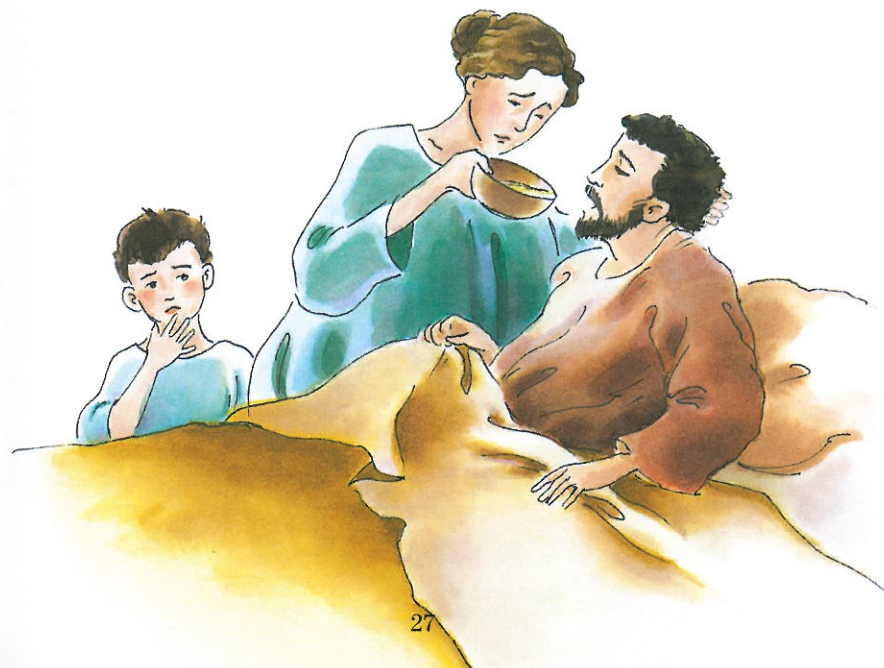
– Todavía no. El camino de Agustín hasta la fe cristiana es un camino largo y lento. La palabra de Dios le tocó el alma cuando tenía treinta y dos años. Antes, fue como aquel ciego del Evangelio que se acercó a Jesús con las manos extendidas gritando: ¡Señor, haz que vea!



Como profesor, se iba ganando la vida. Nunca ha sido fácil colocarse delante de los alumnos y vencerlos de que estudiar es tan necesario para la mente como el ejercicio físico para el cuerpo. Los jóvenes son poco aficionados a leer libros y a pensar. Sólo hacen lo imprescindible.

Aconsejado por algunos amigos, decide viajar a Roma. Había oído decir que los jóvenes romanos eran más disciplinados y responsables en las clases.

Ya en Roma, Agustín enfermó seriamente. Parece que su salud nunca fue la de un hombre de hierro. *“Tampoco entonces – cuenta el propio Agustín –, aunque gravemente enfermo, pedí el bautismo. Mientras, mi madre continuaba rezando por mí sin descanso.”*



En realidad, la vida de Agustín era un barco a la deriva y continuaba buscando la compañía de maestros verdaderos. Su pecado mayor era no considerarse pecador.

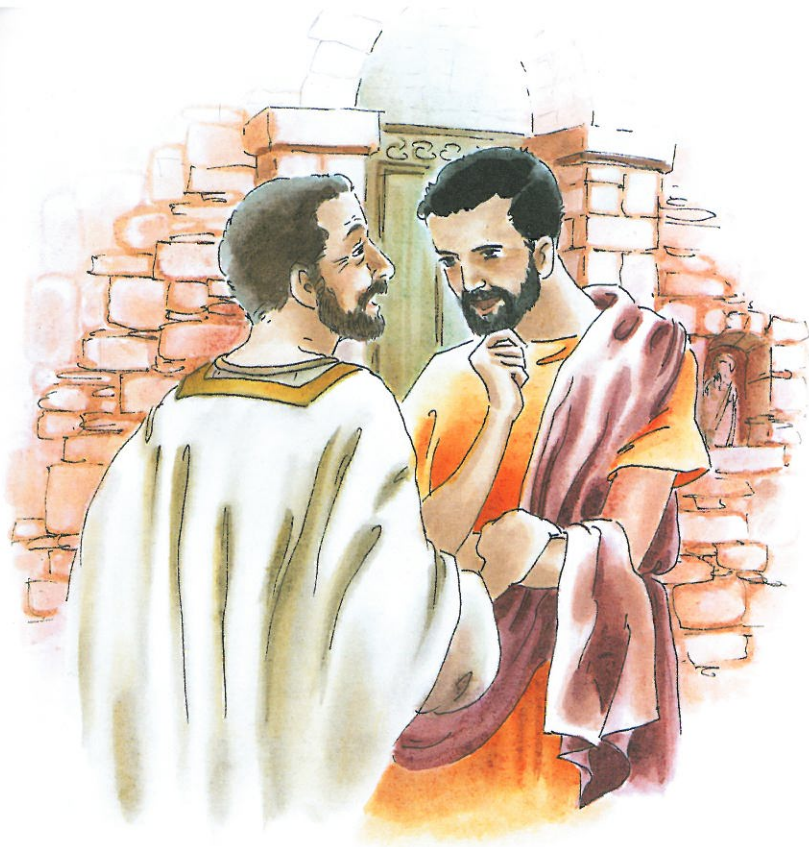
– Entonces, ¿qué necesitaba Agustín para ser feliz?

Ni el título universitario ni el cariño de una mujer y de un hijo hacían feliz al inquieto Agustín. Sentía un vacío interior muy grande. Tampoco le iban bien las cosas como profesor. Algunos alumnos no acudían a clase y otros no pagaban el precio acordado. Roma no le ofreció lo que buscaba. Finalmente supo que en Milán había quedado vacante una cátedra y se fue.



En Milán, tenían como obispo a un hombre sabio y prudente, célebre y popular, hijo de un funcionario de la corte. Se llamaba Ambrosio. Cuando predicaba, Agustín le escuchaba con atención. Las palabras del obispo le llegaban al corazón. Así comenzó entre los dos una buena relación.

Agustín necesitaba luz, para responder a la tempestad de preguntas y de dudas que empachaban su alma.



El obispo Ambrosio le ofreció su confianza y le dedicó tiempo y atención. Supo hablar y escucharle con paciencia infinita. La Verdad que Agustín deseaba conocer; el Amor que le hacía inclinarse hacia las personas y las cosas; la Belleza que encontraba a su alrededor; todo esto tenía un nombre. Aquel arco iris de inquietudes y sentimientos se llamaba DIOS. Es evidente que Agustín buscaba a Dios aunque no quisiera reconocerlo, y prefiriera entretenerse con los horóscopos y las consultas a los maestros de la época.

Dos personas le acompañaron muy de cerca en este largo camino hacia la fe: Su madre Mónica y el obispo Ambrosio.

– Pero, su madre estaba en Tagaste ¿no? – dijo uno de los alumnos.

– Sí, pero Mónica también fue a su encuentro en Milán. Sus lágrimas, los consejos del obispo Ambrosio y, sobre todo, la gracia de Dios, iban llevando a Agustín hasta la conversión.



Ya estamos en el año 386. Agustín, su hijo Adeodato, Mónica y un grupo de amigos se fueron a Casiciaco, una finca a las afueras de Milán. Ahí compartían las tareas del campo y de la casa, estudiaban y oraban juntos.

En aquel lugar Agustín abrazó la fe católica y se convirtió.

– ¿Y la madre de Adeodato?

– Hablaremos de ella más tarde.

– Lo importante aquí es la conversión de Agustín –
dijo el profesor.

Él mismo nos lo cuenta así:

“De repente oí la voz de un niño que cantaba: ‘¡Toma y lee! ¡Toma y lee!’. Entendí que era Dios quien me invitaba a abrir la Biblia que sostenía entre las manos. Me apresuré a leer el texto que tenía delante de mi vista: ‘Nada de envidias y rivalidades. Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo’.”



“Llamé a mi amigo Alipio que vivía en la misma casa de Casiciaco y le conté con emoción todo lo sucedido. Los dos fuimos a contárselo a mi madre. Ella lo celebró con alegría y bendijo a Dios porque había entrado definitivamente en mi vida.”

Después de esta experiencia, Agustín anunció a los alumnos de Milán que buscaran otro profesor de Retórica por ser firme su decisión de abandonar la enseñanza. Un año más tarde, el 24 de Abril, en la Vigilia Pascual del año 387, el obispo Ambrosio bautizó a Agustín, a su hijo Adeodato y al fiel amigo Alipio.

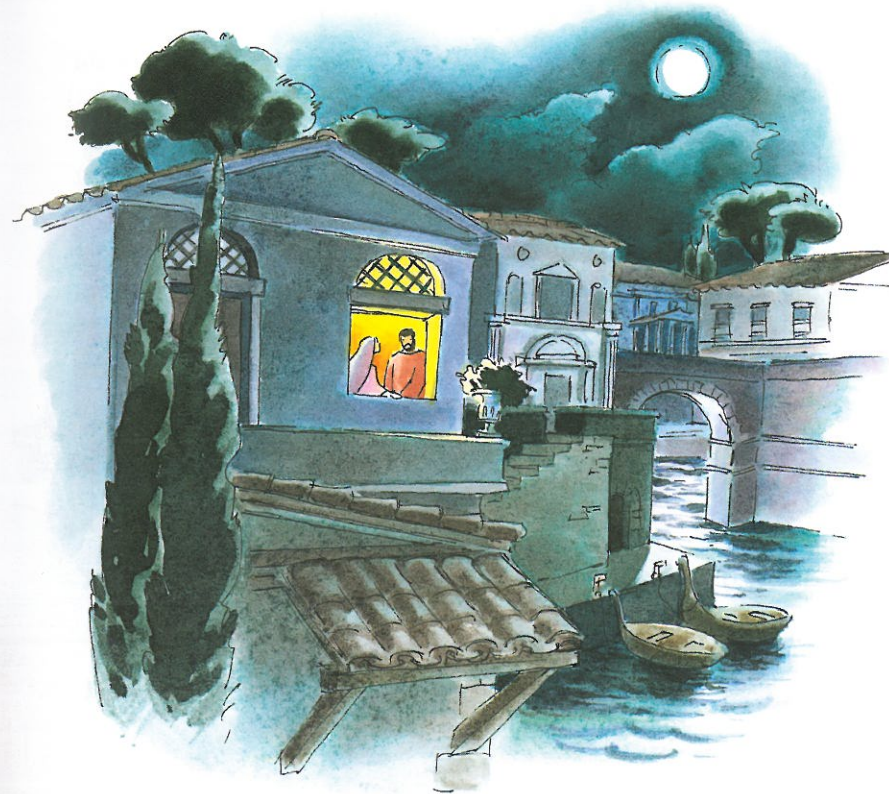
“Por fin, después de caminar errante tanto tiempo, cansado de peregrinar fuera de Dios, sentí el beso de la Luz sobre mi vida y el corazón a punto de estallar de tanto gozo. Ya no caben más excusas y argumentos, sino decir gracias mil veces porque la lucha feroz ha terminado y una luz blanca baña mi alma.”



– ¿Y dónde estaba la madre de Adeodato? – insistió un alumno.

– En la etapa anterior a la conversión de Agustín se pierde toda noticia suya. Tuvo que ser una separación dolorosa porque estaban enamoradísimos. Cuentan algunas leyendas que cuando Agustín fundó monasterios femeninos en África, la madre de Adeodato entró en uno de ellos.

Aquel sí tan sincero de Agustín a Dios, suponía dejar atrás su antiguo modo de vivir y estrenar la novedad de la vida según el Evangelio. En el año 387 Agustín vuelve a Roma para preparar el viaje de regreso a África. El puerto marítimo de Roma era Ostia Tiberina, en la desembocadura del Tíber, a unos veinte km. de la ciudad. Todavía hoy se conservan unas hermosas ruinas que hablan del puerto, las viviendas y el comercio de entonces.



Ostia Tiberina es el lugar donde Mónica y Agustín, asomados a una ventana de la casa donde estaban hospedados, conversaron sobre la vida futura y sintieron muy cerca la presencia de Dios. Es el llamado “éxtasis de Ostia” que han pintado algunos artistas. Madre e hijo hablaban y admiraban las obras de Dios, hasta tocar con el pensamiento la sabiduría eterna.

Poco tiempo después, Agustín asiste a la agonía de su madre:

“Mi madre cayó enferma, con fiebre. Viéndonos presentes y abatidos por la tristeza a mi hermano y a mí, nos dijo: ‘Enterraréis aquí a vuestra madre. Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Sólo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor’.”

Mónica murió en Ostia, el año 387. Antes, la madre había llorado por el hijo, ahora es el hijo quien llora la pérdida de su madre.



En los últimos meses del año 388, Agustín embarcó para África donde tenía su casa y sus raíces. Comenzó en Tagaste – el pueblo donde había nacido – junto con unos amigos y su hijo Adeodato, una vida casi de monje, dedicado al estudio de la Biblia y a escribir libros.

Ahí muere Adeodato, a la edad de dieciséis años. Un episodio más que abre grietas en el alma de Agustín y le hace profundamente humano.

– Pobre Agustín, se quedó solo... – comentó uno de los alumnos.

– No exactamente, pues estaba muy acompañado por Dios y siempre rodeado de amigos. Además, tenemos de Adeodato una conversación maravillosa con su padre. Se trata de “El Maestro”. Les recomiendo echar un vistazo.



– ¿Y cuándo estudió Agustín para sacerdote?

– No hizo estudios especiales. Llegó a ser sacerdote por vocación, porque fue llamado por Dios. Dios llama libremente y el hombre responde libremente... Miren, resulta que Agustín viajó a Hipona porque un funcionario público, buen cristiano, quería conocerle y entrevistarse con él. Aquella ciudad existía donde hoy se levanta Annaba, la antigua Bona. En esta época, después de Cartago, Hipona era la ciudad más importante de África del Norte, con puerto marítimo, teatro, termas, murallas y una basílica cristiana. La gente humilde era mayoría. Agricultores, sobre todo, sin mucha preparación, porque la ciudad no disponía de suficientes escuelas.

Un día, Valerio, el obispo de Hipona, hablaba a los fieles en la basílica de la Paz sobre la conveniencia de buscar un sacerdote que le ayudara: *“Voy cumpliendo años y, por mi origen griego, me resulta difícil hablar la lengua del imperio que es el latín. Estoy buscando un sacerdote culto que me ayude en la predicación.”*

Los fieles miraron alrededor y al descubrir que estaba entre ellos comenzaron a gritar su nombre: ¡Agustín, sacerdote! Parecía que lo hubieran ensayado. ¡Agustín, sacerdote!...



Algunos de los presentes sabían que había sido catedrático en Cartago, Roma y Milán, y conocían que, después de su conversión, había fundado un monasterio en Tagaste.

A Valerio le brillaban los ojos de alegría. Para Agustín, sin embargo, fue una sorpresa que le soltó las lágrimas; por lo inesperado, y porque veía cómo su vida cambiaba de rumbo. Él sólo quería vivir en comunidad con un grupo de amigos, dedicados a la oración y al estudio. Por amor a Dios, se entregó al sacerdocio.

La costumbre era que sólo el Obispo hablaba a los fieles. Pero Valerio quiso que Agustín también predicara el Evangelio. Así transcurrieron cuatro años. El anciano Valerio disfrutaba escuchándole, y por el temor a que se lo quitaran para alguna otra iglesia, escribió al primado de Cartago rogándole que nombrara obispo auxiliar de Hipona a su querido Agustín.

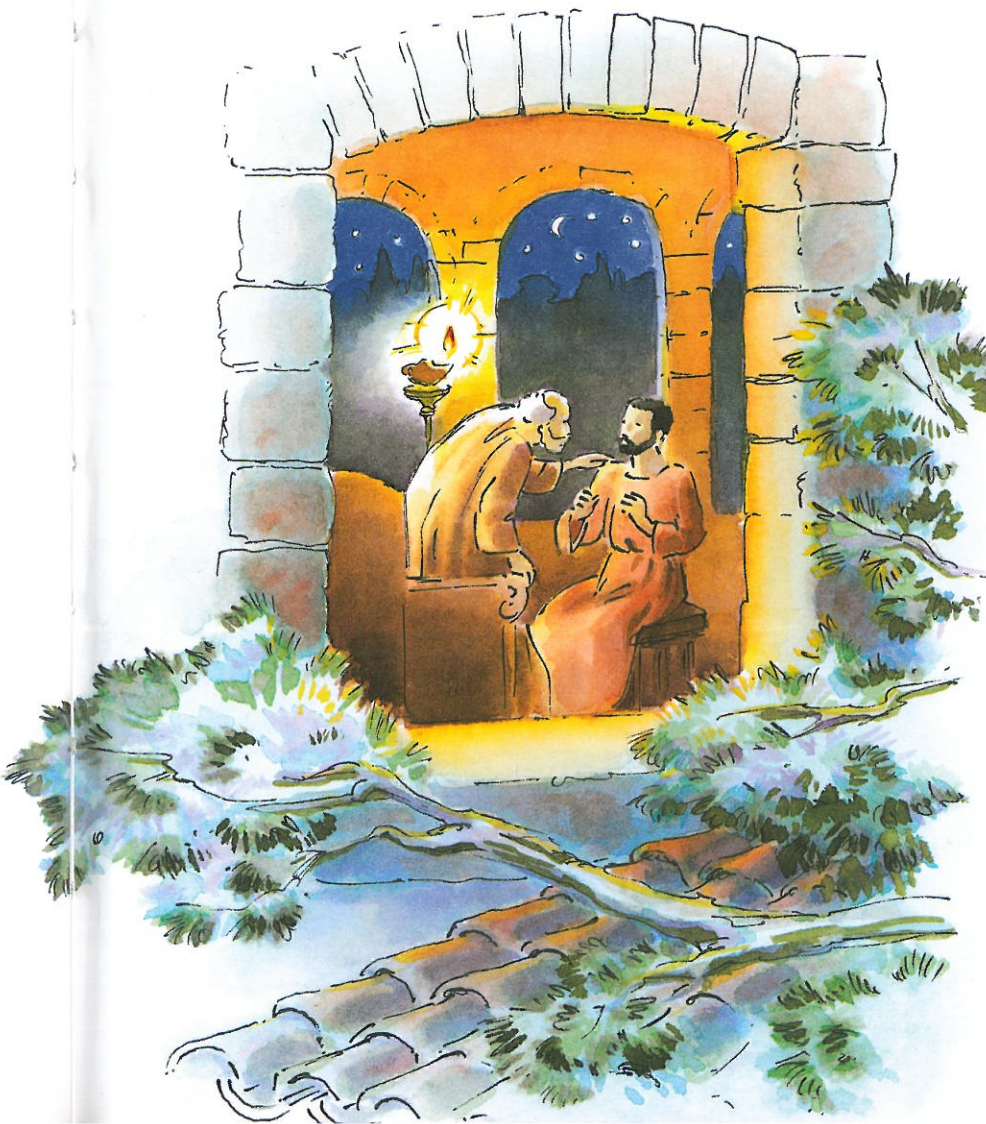
– Con los años, las fuerzas me faltan cada vez más querido Agustín. Tu nombre es cada día más conocido en África y son muchos los que admiran tus sermones y tus libros. Necesito que pases a ser mi colaborador más cercano y he pensado en proponerte obispo.

– ¿Cómo?, – respondió Agustín –. Mi único deseo es vivir en comunidad, estudiar a fondo la Biblia, compartir el pan y la palabra en una comunidad como se hacía entre los primeros cristianos...

Valerio se levantó torpemente y dijo:

– Agustín, tú eres como un hijo. Después de cuatro años como sacerdote, Dios y la Iglesia te piden hoy que aceptes ser obispo. La Iglesia de África está humillada por los herejes y tú puedes colaborar a que levante la cabeza.

– Tengo miedo – replicó Agustín –, el oficio de obispo me desborda, no sé si sabré hacerlo... Desde que recibí el inmenso regalo de la fe, Dios me lleva por caminos desconocidos. Si he de aceptar, lo hago con humildad y obediencia.



Valerio consiguió su propósito y Agustín fue consagrado obispo el año 396. A la muerte de Valerio, Agustín pasa a ser el nuevo obispo de Hipona. Durante 34 años, la predicación fue su primera tarea, además del diálogo con los representantes de distintas doctrinas que dominan la historia del siglo IV en África. Al mismo tiempo, las obras escritas de Agustín se van conociendo en toda la Iglesia.



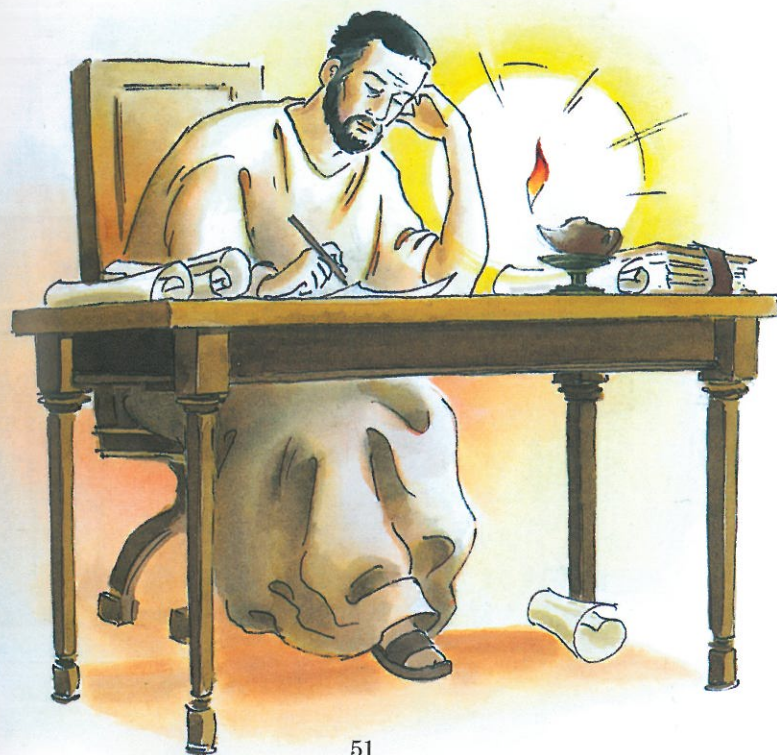
Desde el emperador Constantino, el domingo era un día de fiesta también en Hipona. El obispo celebraba la Eucaristía y, después de la predicación, tenían lugar la oración universal y la presentación de las ofrendas: pan, uvas, aceite y cereales. Cuenta Agustín que cuando él era pequeño, su madre nunca acudió a la celebración de la Eucaristía sin llevar alguna ofrenda.



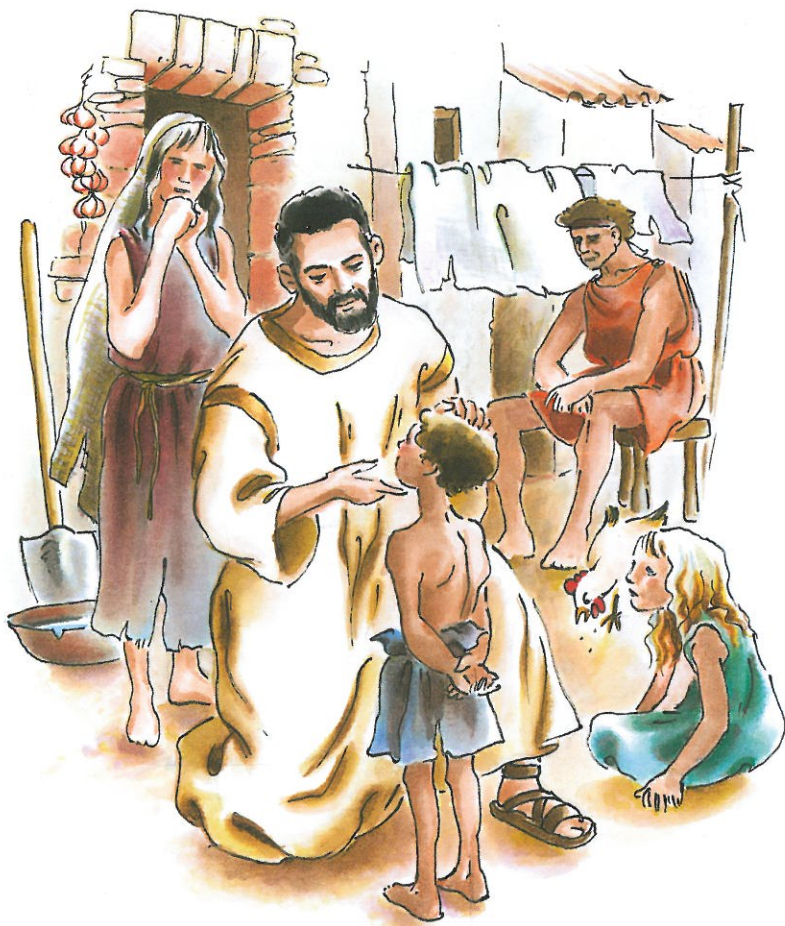
Ser obispo en aquel tiempo, obligaba a pisar la calle y hacer de juez imparcial en herencias familiares, derechos de propiedad y demás cuestiones que hoy se ven en los tribunales civiles. Por la casa del obispo pasaba gente que pedía consejo, preguntaba si los jóvenes debían alistarse en el ejército o solicitaba se intercediera por los reos ante los jueces.

Los artistas suelen representar a Agustín con vestido de obispo. Nunca vistió, sin embargo, de rojo. Una túnica de lana blanca y unas sandalias cubrían su pequeña figura. Parece que no destacó ni por su estatura ni por su salud física. La sabiduría o la santidad no necesitan un cuerpo gigante y tampoco una musculatura de atleta.

La agenda del obispo Agustín estaba llena de ocupaciones. A la hora de la comida, con frecuencia se sentaban huéspedes a su mesa para conversar o tratar problemas urgentes. De noche, a la luz de una lámpara de aceite, despachaba cartas, preparaba los sermones o retomaba el códice del libro que estaba escribiendo.



Agustín mostró preferencia por los más necesitados. Les llamaba compañeros de pobreza. Como ya lo había hecho Ambrosio, obispo de Milán, mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos y a otros menesterosos. Un gesto que no todos supieron comprender.



Agustín sufrió la persecución de algunos grupos que no podían soportar que la fe católica se extendiera empujada por la palabra y el aliento de aquel hombre sabio y santo. La Iglesia de África estaba dividida en sectas muy organizadas con nombres extraños: Maniqueos, arrianos, donatistas, pelagianos que se enfrentaban en continuas discusiones en contra del catolicismo. En el año 411 se celebró en Cartago una asamblea y Agustín era la voz católica en estas controversias.

Durante los 34 años como obispo, en sus sermones Agustín hablaba del trabajo cotidiano, de la vida del campo, la elaboración del queso... Todo esto en relación con la Palabra de Dios. Predicar en la Basílica de Hipona era conversar directamente con los fieles.

Se han conservado numerosos sermones suyos. Agustín cita la Biblia y también proverbios populares. Presenta la Palabra de Dios como alimento y la asamblea de los fieles como una mesa de familia.



– Junto a los Sermones, se conserva un gran archivo de cartas. Son escritos casi siempre breves, directos. Textos en los que habla el teólogo, el pastor, el amigo, el hombre. Es el Agustín que coloca la comunicación en el centro de su vida y comparte sus experiencias con los demás.

– ¿Sólo escribió sermones y cartas?

– Repito que la obra más importante de Agustín es su vida misma, pero también nos dejó un buen número de libros que son un tesoro en cualquier biblioteca. La obra más conocida, sin duda, se titula “*Las Confesiones*”. Es uno de los libros más bellos de la literatura universal, escrito cuando ya era obispo. En él descubre su vida más íntima y personal. Cuando Agustín dice: “*Ved mi corazón, ved cómo es por dentro*”, no lo hace para presumir de pecados y de sentimientos, sino para decir que Dios, como el padre de la parábola del hijo pródigo, siempre nos espera, a todos, con los brazos abiertos.



- También son obras inmortales “*La Ciudad de Dios* y *La Trinidad*”. Otros libros recogen comentarios a la Biblia o tratados morales y filosóficos. Antes de morir, quiso revisar todos los libros que había escrito y aparecieron así dos volúmenes con el título “*Revisiones de los libros*”. Hay que ser muy humilde y muy valiente para reconocer públicamente que uno se ha equivocado y cambiar de modo de pensar. Estos gestos son propios de los santos y de los genios.

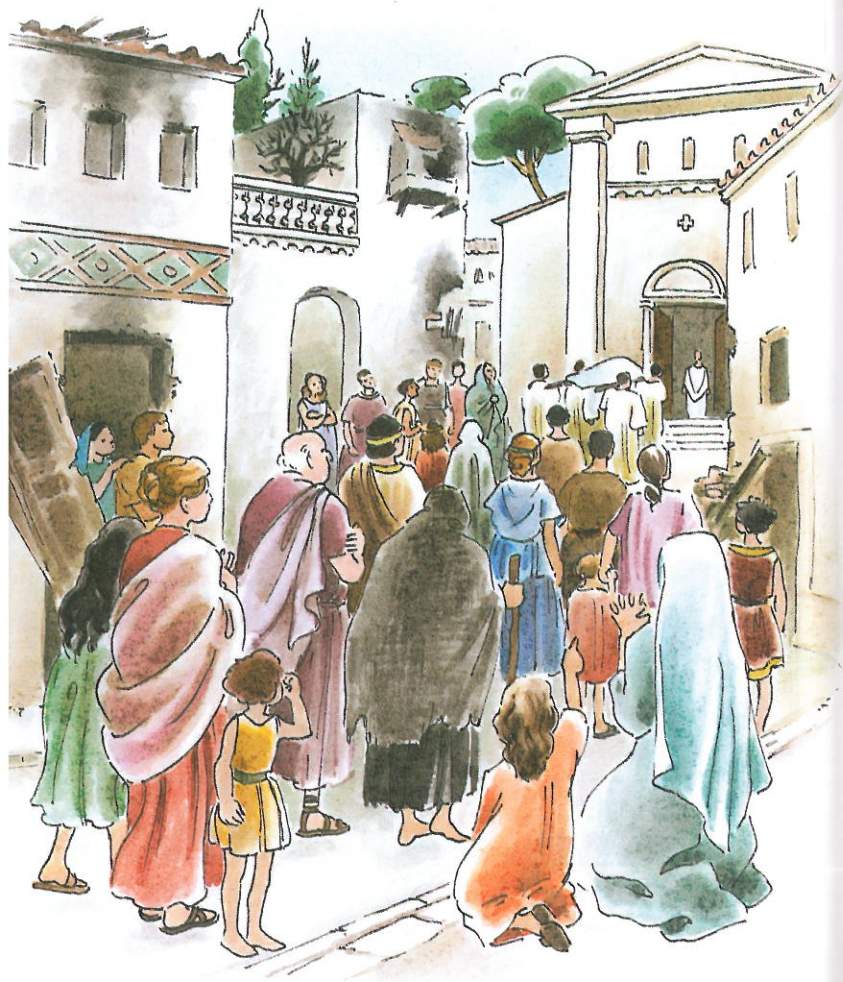
- El año 410 las tropas de Alarico entraron en Roma y destruyeron, durante tres trágicos días, la ciudad. Sólo quedaron en pie las basílicas de San Pedro y San Pablo. Los templos de las divinidades son destruidos. Las estatuas de los emperadores aparecen destrozadas por los suelos. Las calles son un gran charco de sangre. Sin Roma, el imperio era un cuerpo sin cabeza.



Más tarde, ya el 429, los bárbaros pasan de España a África, dejando a su paso las huellas de la violencia. Agustín, pastor preocupado por su pueblo, vive uno de los períodos más atormentados de la Iglesia y del suelo africano. Poco antes de su muerte aconsejó a los obispos que no se retiraran de las ciudades invadidas para que las Iglesias no quedaran huérfanas de sus pastores.

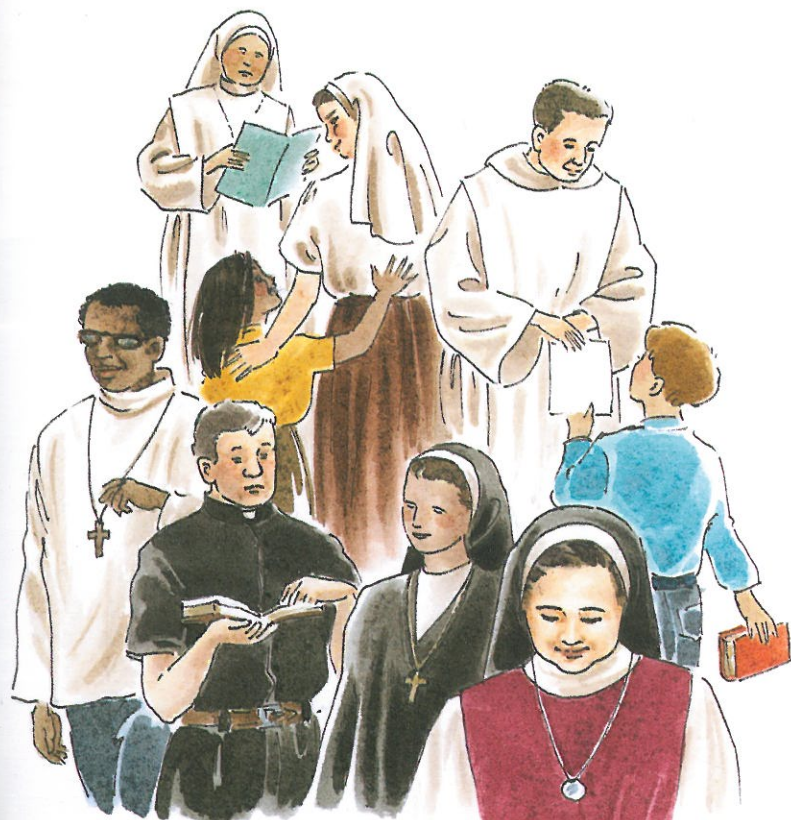


Cuenta su amigo y compañero Posidio que Agustín mandó copiar en grandes pergaminos los salmos de David que invitan a la penitencia y colocarlos sobre la pared de su habitación. Así oraba mientras esperaba la hora de la muerte. El 28 de Agosto del año 430, con los vándalos mandados por Genserico a las puertas de Hipona, murió Agustín con profunda serenidad, madurez intelectual y espiritual.



Su cuerpo fue enterrado en la basílica de la Paz,
de Hipona.

No hizo testamento porque era pobre y nada tenía.
Su herencia fue dejar a la Iglesia monasterios llenos
de religiosos y religiosas, y una biblioteca repleta
de libros que, milagrosamente, se salvó de la tea
incendiaria de los vándalos.





Los artistas suelen representar a san Agustín con un corazón y un libro en la mano. El corazón es símbolo del amor, el libro de la ciencia. Los seres humanos no podemos olvidar el cultivo de la inteligencia y la educación de los sentimientos.



Aprender a pensar y aprender a amar es aprender a vivir. “Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando”, decía san Agustín.

San Agustín es maestro del amor. Entendió que amar es la primera vocación humana y el resumen de todo el Evangelio de Jesús. Amar a Dios, amar como Dios ama, sentirnos amados por Dios, amar siempre, son las asignaturas fundamentales del cristiano.

Agustín es el santo amigo y el amigo santo.

Así llamó un poeta a san Agustín. No es un juego de palabras. Un santo amigo, es alguien cercano – de carne y huesos como los nuestros – que se tomó en serio seguir a Jesucristo. Un amigo santo, es una invitación a la esperanza porque donde otros han llegado, también nosotros podemos llegar.



Dios y el amor son, al fin, más fuertes que todas nuestras pobrezaas.


- ¿Entonces podemos ver a san Agustín como un amigo? Un amigo con una vida que no es tan diferente a la nuestra. La verdad, el amor o la felicidad no son los deseos ocultos de un grupo reducido de personas. Todos los seres humanos somos buscadores de los mismos tesoros, como todos los ríos empujan sus aguas hacia el mar.

San Agustín amó mucho y se sintió amado. Colocó el amor en el centro de su vida porque el amor es el único idioma común y la insignia de los cristianos. Se equivocó y supo reconocer sus errores.

Antes que pensador, escritor u obispo, fue un hombre inquieto, sincero, profundamente humano.

Entendió que las dos asignaturas más importantes de la vida son conocerse y conocer a Dios.





Para saber más de San Agustín...

El escritor:

Es, sin duda, una de las figuras de la antigüedad más conocida y forma parte de los llamados Padres de la Iglesia. Su pensamiento podemos hallarlo en una amplísima obra escrita. Se conservan 113 libros, 247 cartas y más de 500 sermones suyos. Él dictaba y unos taquígrafos, por medio de abreviaturas, iban pasando al pergamino sus palabras. Por fortuna, la invasión de los vándalos no destruyó su espléndida biblioteca.

La obra más conocida se titula *Confesiones*. Presenta la historia palpitante de un hombre hambriento de verdad y de amor. No es la historia de un pecador, sino una confesión de fe en la misericordia entrañable de Dios que siempre perdona a quien se reconoce pecador.

Dos obras densas en doctrina, son *La Ciudad de Dios* y *La Trinidad*. Además de muchas *Cartas* y *Sermones*, se encuentran distintos escritos bíblicos en los que comenta el Antiguo y el Nuevo Testamento. Importantes son, igualmente, sus obras filosóficas y morales y las escritas para rechazar las herejías de su tiempo que pretendían atacar a la Iglesia.

Agustín y Mónica

Dos nombres que no se pueden separar fácilmente. Siempre – incluso cuando las ideas religiosas les distanciaban cientos de kilómetros – hubo entre ambos un amor muy fuerte y verdadero. Agustín habla de su madre con veneración y respeto. Mónica es la madre paciente que sabe acompañar a su hijo y busca ocasiones para el encuentro y el diálogo con su hijo.

Los restos de san Agustín se veneran, actualmente, en Pavía (Italia), los de santa Mónica en la Iglesia de san Agustín de Roma.

La familia Agustiniana

Sabemos por la historia que san Agustín fundó varios monasterios en África. Algunos monjes formados en estos monasterios llegaron a ser obispos. En Hipona, según se cuenta en la *Vida de Agustín*, escrita por Posidio, hubo pronto un monasterio femenino. Las invasiones, primero de los vándalos y más tarde de los árabes, hicieron que se dispersaran los monjes.

Son muchas las Órdenes e Institutos Religiosos que consideran a san Agustín como Padre. Todos estos grupos constituyen hoy la Familia Agustiniana. Los agustinos y agustinas están presentes

en los cinco continentes. Sirven al Reino de Dios y a la Iglesia a través de la educación, el trabajo parroquial, las misiones, la dedicación al estudio y la investigación.

En su rama masculina, la Familia Agustiniana está formada por los Agustinos, Agustinos Recoletos, Agustinos Descalzos y Agustinos Asuncionistas. En la rama femenina se integran las hermanas de vida contemplativa: Agustinas, Agustinas Recoletas y Agustinas Descalzas de San Juan de Rivera. Entre las hermanas de vida activa hay que citar – sin pretender un listado completo – las Religiosas del Verbo Encarnado, Agustinas del Amparo, Agustinas Misioneras, Agustinas Hijas del Santísimo Salvador, Hermanas Agustinas de Nuestra Señora de la Consolación, Agustinas de Nuestra Señora del Socorro, Misioneras Agustinas Recoletas, Agustinas de la Enseñanza, Agostiniane del Divino Amore, Suore Agostiniane Serve di Gesu' e Maria, Figlie del Crocifisso, Soeurs de Notre-Dame de Grâce de Saint-Thomas de Villeneuve, Petites Soeurs del'Assomption, Augustines de Notre-Dame de la Consolation Le Bouscant... y así hasta más de cien Congregaciones nacidas en América, Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, Polonia, Filipinas, Zaire, Indonesia...

También se ve agraciada la Familia Agustiniana con la pertenencia de hombres y mujeres que, desde su condición laical, comparten la herencia de la espiritualidad de san Agustín. Son las *Fraternidades de Agustinos/as Seculares*. Nada hay que signifique superioridad, la única polarización o sello particular es la singularidad de cada vocación.

Pero la contribución más valiosa de la Familia Agustiniana a la Iglesia ha sido, y es, una importante cartelera de santas y santos, algunos muy populares. Al lado de las figuras de san Agustín y santa Mónica, se suman los nombres de san Nicolás de Tolentino, santa Clara de Montefalco, santa Rita de Casia, san Juan Stone, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Sahagún, santa Magdalena de Nagasaki, san Ezequiel Moreno, san Alonso de Orozco... Son muchos, también, los beatos y beatas.

Juntos buscamos la verdad

La comunidad al servicio de la Iglesia y del mundo, podría ser el sello característico de la Familia Agustiniana. Ser miembro de una comunidad agustiniana es una forma de pertenecer a la Iglesia y a la gran familia humana. Por eso, ningún problema humano y ningún acontecimiento de la Iglesia pueden resultar ajenos a las agustinas y agustinos de todos los tiempos.

Oración

Vengo ante ti, Dios de mi fe,
con el regalo de la vida entre las manos.
Me la ofreciste cargada de preguntas,
¿Quién eres Tú, distante y compañero?
¿Cómo puedo hablarte
si me resultan pequeñas las palabras?
¿Qué es la verdad
y por qué el llanto de los niños?

¿Quién soy yo,
siempre deprisa como un río,
llenando de hastío las horas muertas
y derrotado la mañana de los lunes?

Que te conozca, Dios mío,
del mismo modo que Tú me conoces,
y entre los dos repitamos,
como una canción ensayada,
que amar es lo único que importa.

Que me conozca y sea yo
el capitán de mi alma,
caminante que busca la verdad,
peregrino de paz y de justicia,
a pesar de tardes de lluvia
que alargan la tristeza
tras el cristal de mi ventana.

Como Agustín, yo quiero vivir
con el corazón abierto,
porque ahora es el tiempo del amor.

